

UNA RAZA Y UNA CIUDAD

Una tarde llena de sol, desde uno de los corredores de mi casa en la Ciudad BLANCA DE AMERICA, presenciaba la muerte de Febo tras una de las cordilleras que circuyen el valle del Aburrá, descubierto por Jerónimo Luis Tejelo el 24 de agosto de 1541, donde doña Marcela de la Parra tuvo un cultivo de **pan llevar** y se recrearon los indios yamésies en sus idolatrías fervorosas.

Entre nubes de tonos crisoberilos se perdió el último rayo de luz y la noche con sus sombras densas se adueñó de aquesos lugares. Entonces la Luna con timideces de niña campesina empezó a asomarse por el morro de PAN DE AZUCAR y había en el cielo juego de constelaciones y hermoso titilar de luceros. En este estado de cosas, mi espíritu que ama la belleza, estaba ensimismado y me puse a soñar. ¡Y fue un bello sueño el mío!

Oídme! Vi al italiano Cristoforo Colombo salir decepcionado de su país y presentarse a los reyes españoles don Fernando y doña Isabel para pedirles en forma suplicante la manera de que le ayudaran a descubrir un mundo que él tenía en su mente y lo veía allá lejos tras las aguas de un mar desconocido; lo vi alistar tres carabelas y con otros compañeros embarcarse el 3 de agosto en el Puerto de Palos cruzar el Océano y llegar el 12 de octubre de 1492 a las costas de un **Nuevo Continente** y del cual hace parte nuestra amada Antioquia.

La nueva tierra se denominó AMERICA, palabra que en lengua maya significa **país del viento**, como Antioquia significa **montaña de la Luna**, según los componentes quichuas de este vocablo.

Con el descubrimiento quedaron abiertas todas las puertas para la entrada de la civilización europea en el mundo de Colombo. Empezó entonces el desfile de hombres de distintas razas y latitudes, entre muchos, unos con los nombres de Rodrigo de Bastidas, Pedro de Heredia, Gonzalo Jiménez de Quesada, Gonzalo Suárez Rondón, Martín Galiano, Pedro de Ursúa, Fray Bartolomé de la Casas, etc. Traían una buena nueva y eran portadores de un vistoso estandarte de conquista.

Ah!, eran supremamente hermosas las cosas que iban pasando ante mi magín obsesionado. En mi sueño retrocedí a tiempos lejanos, pertenecientes ya a los dominios del PRETERITO y me trasladé a estas tierras que al través de los siglos han estado bañadas por el TONUSCO y el CAUCA, dualidad sempiterna que forma como el encantamiento de esta ciudad, crisol de una raza emprendedora y tenaz.

Me puse a observar y entonces me di cuenta que aquí, la mano munífica de Flora sembró en estos sitios los más bellos ejemplares denominados Algarrobos, Tamarindos, Cocoteros, Guayacanes y otros muchos árboles, que adornados con orquídeas hermosas formaron centenares de años los palacios aéreos de la legión alada y entrelazados por bejucos sirvierno largo tiempo para que hicieran acrobasia las ardillas y los monos; y desde ellas, las cigarras dejaran oír su canción monocorde. Vi además las páginas escritas por la mano de Fauna con las denominaciones de León, Tigre, Saíno, Culebras, Mari-

posas, etc. que llenaban de encantos, rugidos y silbos los boscajes incultos. Gea también tenía escritas las suyas.

Yo estaba abstraído, pero dábame cuenta de la misión de los indios tahamíes y nutabes, de las aspiraciones de Maitamac, de los anhelos de los buriticaes, ebéjicos y dabeibas, de las luchas valerosas de los caciques Tone y Nutibara.

De repente oí que entre las selvas había ruidos extraños, me puse a observar y pude apreciar que eran gentes que hablaban un idioma nuevo, que venían orientados por otra civilización que existía allende el mar Atlante, sobre cuyas espaldas líquidas y bajo la protección de los vientos alisios habían llegado las naves de Colombo trayéndonos la religión de Cristo y el hermoso idioma que analteció el Manco de Lepanto en su obra inmortal.

Vi pues, entre las selvas, un grupo de hombres valerosos que comandados por JORGE ROBLEDO exploraban aquestos lugares.

Aquí debemos fundar una ciudad como en otros sitios lo han hecho nuestros congéneres de España; y ante ese querer, el domingo 4 de diciembre de 1541 tuvo su génesis la ciudad de SANTA FE DE ANTIOQUIA, magna progenitora de una raza valerosa, inteligente y libre. Sí, fundemos una ciudad que sea como el crisol de la especie, dijeron, reidores y alegres.

Empezaron a llegar entonces los hijos de la Iberia civilizada a poblar estos lugares con sangre de la mejor estirpe. La ciudad iba creciendo como por encantamientos de Hadas protectoras, como por embrujamientos de Huríes invisibles y de Magos visionarios.

Ya empezaba a obrarse el milagro de la raza y se iniciaba la éra de la civilización en esta amada parcela de tierra colombiana.

La ciudad de SANTA FE DE ANTIOQUIA surgía a la vida como una promesa y era el vientre fecundo de donde debían salir todos los valores eminentes que han escrito en la historia de Colombia páginas inmortales.

CRONOS era mi profesor de cosas viejas en aquella hora solemne y magnífica. Sigamos trashojando el libro de los siglos, me dijo lleno de entusiasmo; porque aquí se han verificado acontecimientos de honda significación y trascendencia, que yacen custodiados por la magnificencia de los años, como preciadas reliquias de un pueblo que en el campo del Progreso se ha conquistado un puesto de honor en la república. ¡Qué grandiosa manera de ser, me decía, meditabundo y soñador!

De repente, CLIO, la musa de la historia, se me presentó apuesta y gallarda y empezó a hablarme en un tono de satisfacción. Yo sentí de súbito un espasmo emocional, y con fervor religioso, con Clío por guía, me metí en un laberinto de años. Oye, pues mi lección, agregó. Mira que estoy atento le contesté y es hora de que hables. Y Clío empezó: Aquí donde ves hoy la catedral, se construyó la primera iglesia en esta ciudad, era de paja y en ella empezó a repetirse el grandioso y trascendental sacrificio de la Misa, que por primera vez, en la "Loma de la Cruz" el 18 de diciembre de 1541 el Pbro. Martín Robledo celebró bajo el cielo antioqueño. Era el 10. de abril de 1541 cuando le fue conferido el título de ciudad a la nueva fundación, por el rey Carlos V.

Pasaron los años y un día el Pontífice Pío VII —Bernabé Chiaramonte, nacido el 14 de agosto de

1742—creó el obispado en la ciudad de Santa Fe de Antioquia el 31 de agosto de 1804. El doctor Cano, designado como primer obispo, murió en la ciudad de la Habana, en Cuba, cuando venía a ocupar su puesto. Años después el Papa León XII—Aníbal Della Genga, nacido el 22 de agosto de 1760, nombró para esta diócesis al Ilmo. doctor Fray Mariano Garnica y Dorjuela, perteneciente a la Orden de Santo Domingo. Llegó a esta ciudad el 3 de junio de 1828 y una vez instalado, formó el capítulo con los doctores Pbro. José Félix Mejía, José Miguel de la Calle, Gregorio Robledo y José María Herrera.

La catedral comenzó a construirse en 1797, su primera piedra la colocó el gobernador Vicente Salcedo y la bendición la hizo el Pbro. Dr. Salvador Cano. Fue concluída en 1837 y consagrada el 8 de diciembre del mismo año por el Ilmo. Dr. Juan de la Cruz Gómez Plata. Hoy este santuario ha adquirido la dignidad de Basílica y veo que se yergue, orgullosa de su existencia, como la reliquia más preciada de esta ciudadanía que se ha dignificado bajo la fe de Cristo y del trabajo engrandecedor y provechoso.

En el año de 1868 la diócesis fue trasladada a Medellín, pero en 1873 se dividió el Estado Soberano de Antioquia en dos obispados, así: ANTIOQUIA y MEDELLIN. Para el primero fue nombrado el Ilmo. Dr. Joaquín Guillermo González.

Aquí, me dijo Clío, vi nacer el 22 de enero de 1722 al Pbro. Dr. Juan Salvador Lastra. A este le tocó abrir el primer libro de bautismos en la iglesia de Santa Bárbara y al primer niño que bautizó fue a Juan María Gómez, el 6 de mayo de 1798. Este fue uno de los hombres notables de Colombia.

El desfile de años en presencia de esta ciudad, es como una cinta cinematográfica, donde veo cosas que me entusiasman y deleitan —¿Sí te satisface mi lección, me dijo Clío sonreída? ¡Cómo no, le contesté, pues tanto he amado las cosas viejas, y tú me estás enseñando provechosamente.

Sigamos pues, dijo la musa satisfecha. Aquí vi nacer el 4 de mayo de 1780, en el hogar de D. Juan Pérez Arrubla y Doña Rita Martínez, al Dr. José María Arrubla, gran servidor de la causa libertadora, motivo por el cual a los 36 años de edad, por orden de Pablo Morillo, el Pacificador, fue fusilado en Bogotá el 10 de septiembre de 1816. Vivió aquí también D. Faustino Martínez, auditor de guerra de Morillo. ¡Ah, ! si me parece verlo dar su paseo diario por el LLANO, vestido de levita y con sombrero de copa alta. Cuando José María Córdoba llegó a esta ciudad en septiembre de 1819, Martínez huyó y se fue a España. Dejó entonces en esta ciudad a un hijo suyo de pocos meses de edad y cuando volvió lo encontró que ejercía el oficio de Canónigo. Este fue el Pbro. Dr. Valerio Martínez. ¡Qué bellas transformaciones ofrece la vida!

¿Cuál era la misión del General Córdoba?, le pregunté. Córdoba había llegado aquí con el fin de conseguir recursos para terminar la guerra de la emancipación en esta Provincia. Se hospedó entonces en la casa de D. José Pardo. A éste le preguntó el héroe por el lugar de la Tesorería Real, que se hallaba en aquella época en la casa que años después habitó el Canónigo Dr. Cardona. A ella se dirigió Córdoba y halló al español D. Antonio del Valle que era el Tesorero; le examinó los libros y le inventó un alcance de tres mil pesos, cuyo ingreso le exigía inmediatamente.

Don Juan Pardo, a petición del Tesorero revisó los libros y le manifestó a Córdoba que nada fal-

taba. Es verdad, dijo Córdoba, nada falta, pero yo necesito sembrar el terror para conseguir pronto lo que deseo a fin de dar libertad a este pueblo, de la coyunda hispana. Yo le respondo por los tres mil pesos, agregó Pardo. ¡Nada acepto, le contestó Córdoba. Es inútil insistir, pues sepa que haré pasar por las armas al que interceda por ese señor; y al fin circunstancias adversas, dieron por resultado, que al pie de los mangos que se hallan cerca de la catedral fuera fusilado el Tesorero. Igual suerte corrió un vasallo suyo que se quejó de la injusticia.

Y ante la protección de Clío seguía la relación de acontecimientos de ayer y de hoy.

Aquí vi morir al héroe peruano Simón Cuevas el 8 de enero de 1890. Este, muy niño salió de su país, vino a la Nueva Granada y en ésta luchó en pro de la causa libertadora bajo las órdenes del Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre.

Aquí vi nacer también el 2 de abril de 1839 a D. Francisco de Paula Martínez, hijo muy notable de esta ciudad, a la que sirvió con desinterés y patriotismo hasta el día de su fallecimiento ocurrido el 25 de abril de 1925. Aquí vi nacer igualmente al Pbro. Dr. Francisco Ventura Zabala y Flórez el 4 de octubre de 1649. Fue un ilustre varón de los trigales de Cristo, donde la esencia del evangelio y la enseñanza de las parábolas, muestran un horizonte celestial. El Pbro. Zabala murió el 7 de marzo de 1731.

También vi llegar aquí al momposino don Juan del Corral y me tocó presenciar su matrimonio el 25 de febrero de 1800 con la distinguida dama doña Josefa Pérez Rublas; lo vi tomar posesión del gobierno con el cargo de Dictador, el 3 de julio de 1813 y el 11 de agosto de este año proclamó la **Independencia de Antioquia**. Con este hombre de tan

claro talento la ciudad de Santa Fé de Antioquia vivió una época excepcional, de grata recordación histórica.

Aquí nació ,me dijo Clío, el 8 de abril de 1869, en el hogar de D. Manuel Antonio Toro y Doña Feliciano Correa, el Ilmo. Dr. Francisco Cristóbal Toro, orgullo de esta ciudad y de su Diócesis, servida antes también por varones ilustres como Fray Mariano Garnica, Juan de la Cruz Gómez Plata, Domingo Antonio Riaño, Joaquín Guillermo González y Jesús María Rodríguez etc. Estos y otros, sirvieron esta Diócesis que por artes de birlibirloque sufrió serios trastornos, pero que hoy, como premio de justicia adquiere nuevamente la posición de antes y empieza para ella un nuevo período de engrandecimiento. Sinceramente nos congratulamos con el Ilmo. Dr. Toro y con este pueblo ilustre por ese acto de recompensa y de justicia leal.

El 6 de mayo de 1798 vi nacer al General Juan María Gómez, prócer de la Independencia, gobernador de la Provincia de Antioquia por nombramiento del 15 de junio de 1842 y hombre que ocupa páginas gloriosas en la historia de Colombia.

También bajo estos cielos nació el Dr. Juan Antonio Pardo, el mismo que el 7 de marzo de 1840 bajo los puñales de la turba enfurecida, pronunció un discurso inmortal; vi asimismo nacer aquí el 9 de enero de 1836 al Ilmo. Dr. Jesús María Rodríguez; al Dr. Juan Esteban Zamorra el 2 de septiembre de 1828, hijo de Dorotea Zamorra, que de niño tocó un día a las puertas del Colegio de San Fernando, adónde Zamorra ingresó por obra de la casualidad en ese semillero de inteligencias. Fue un estudiante de gran talento y así pudo ascender las escalas de la magistratura a los 23 años de edad en

la capital de Colombia. Fue pues, uno de los hombres notables de la república.

Aquí nacieron también, el sabio e ilustre patriota Dr. José María Martínez Pardo, fallecido el 10 de julio de 1892; el distinguido ciudadano Juan de S. Martínez y me tocó presenciar el 25 de septiembre de 1893 cuando en las aguas del río Tonusco se ahogó el Cura de San Juan de Salgar, Pbro. Dr. Manuel Salvador Uribe, el mismo que derramó sobre tu cabeza el agua sacra del bautismo, el que te hizo partícipe de las huestes de Cristo, donde según veo, te has sentido orgulloso en todos los momentos de tu vida. También aquí me tocó presenciar el 23 de mayo de 1892 la llegada del Ilmo. Dr. Juan Nepomuceno Rueda a encargarse del gobierno de la Diócesis. Había nacido en Zapatoca el 24 de mayo de 1823.

Aquí ví llegar al extremeño Don Gaspar de Rodas, nacido en Trujillo en 1520. Este notable hidalgo gobernó la Provincia de Antioquia con acierto inaudito; sus Ordenanzas sobre minas constituyen aún un tesoro de juicio incomparable. Rodas escribió durante su gobierno páginas imperecederas. Murió el 9 de julio de 1607. ¡Ah!, cuánto vale este hombre en la historia de Antioquia. Su vida es una urdimbre de aciertos.

Esta ciudad nobilísima gozó del título de capital hasta el 28 de abril de 1826, fecha en que el Congreso de Colombia confirió esa denominación a la ciudad de Medellín, nacida el 2 de noviembre de 1675, cabe un río de cristalinas aguas y al amparo de Don Miguel de Aguinaga.

Qué interesante todo lo que me has dicho ami-

ga Clío. Veo que me has hecho un bien, y me has alegrado el espíritu.

Sabe que esta ciudad de Santa Fe de Antioquia, es un libro abierto, de páginas gloriosas, escritas por la mano del Tiempo en la roca marmórea de los siglos. En esas páginas se regocija y se deleita el espíritu investigador.

¡Oh ciudad precursora del progreso de Antioquia, te contemplo en tu esplendor primigenio y me pareces una diosa recatada y altiva, que ve con alegre sonrisa los años que están arrinconados en el PASADO e invitas en los tiempos FUTUROS para dar las batallas que entraña el PORVENIR.

¡Hurra! noble ciudad, tienes motivos de orgullo, porque tú amamantaste a una raza que ha servido para dar los bellos combates de la Ciencia, del Trabajo, del Derecho y de la Libertad. Gloríate de tu Pretérito y sonríele perseverante a los tiempos futuros, que en ellos han de venir para tí ricos botines de conquista.

Y yo seguía en mi sueño, de repente en un lugar especial ví dos distinguidas damas, que por querer diverso del pueblo antioqueño, fueron designadas Princesas de la Raza. Al verlas tan gallardas me quedé estupefacto y pensativo.

Luégo se me presentó ERATO la musa de la Poesía y me insinuó a que las cantara; y entonces espontáneamente fueron apareciendo sobre las Princesas de la Raza, Doña OLGA y Doña LUZ, las siguientes estrofas:

Doña Luz, digna princesa
de un principado gallardo:
hay estirpe en tu realeza
señora Doña Luz Pardo.

Y tu ciudad antañera,
 cuna de una raza fuerte,
 te hizo princesa hechicera
 para que ampare su suerte.

Qué bella misión te ha dado
 tu ciudad noble y amada,
 por eso a tu principado
 Antioquia está consagrada.

Tú también eres princesa
 doña Olga Ortiz del Corral,
 que de Santafé en su alteza
 representa en su realeza
 la ciudad del Mariscal.

Y hoy recuerdo al momposino
 doctor don Juan del Corral:
 a ese gran hombre de tino
 que de Antioquia en su camino
 dio independencia real.

Doña Olga y doña Luz, representan alegría,
 y la esencia de una raza puramente castellana,
 que de campos de Vizcaya y la bella Andalucía
 trajeron sangre de nobles a esta tierra colombiana.

Vosotras sois, pues, nartésio de una progenie altanera
 que aquí fijó su morada llena de anhelos sin tasa,
 por eso Antioquia orgullosa de noble casta proceras
 a vosotras ha elegido por Princesas de la Raza.

Y cuando hube terminado, desperté de mi sueño
 feliz, y aquí me tenéis refiriendoos lo que soñé
 una tarde plena de sol y una noche llena de luna,
 cuando pensaba en las grandezas pretéritas y presentes
 de esta ciudad genitora, a la que saludo en

vosotros con el mayor fervor patriótico en esta inolvidable noche de agosto.

Ciudad de Antioquia, 9 de agosto de 1941.

José Solís Moncada

NOTA. — El lugar donde hoy está la Basílica de la Ciudad de Santafé de Antioquia se levantó el primer templo en el territorio antioqueño y que Juan del Valle erigió en parroquial el 8 de Septiembre de 1547. A éste el fuego lo redujo a cenizas el 21 de Agosto de 1656; fue reconstruido y el 8 de Diciembre de 1659 lo bendijo Vasco Jacinto Contreras y Valverde. Nuevamente fue destruido en 1797 para edificar la Catedral que fue iniciada el 7 de Diciembre y la primera piedra la bendijo el Pbro. Salvador Cano el 27 de Marzo de 1799. Su construcción se terminó el 18 de Noviembre de 1837 y el 6 de Diciembre fue consagrada por el Excmo. Dr. Juan de la Cruz Gómez Plata. Es la primera Catedral que hubo en el suelo antioqueño. Es la madre de las Catedrales de Medellín, Manizales, Jericó y Santa Rosa de Osos. Por Decreto pontificio del 21 de Marzo de 1941 el Papa Pío XII la erigió en Basílica.

También por Bulas del mismo año, el Pontífice reinante restauró la diócesis de Antioquia y suprimió la Prefectura Apostólica de Urabá, creada el 14 de Marzo de 1918.

El representante Pontificio, Excmo. Dr. Carlos Serena, recomendó al Excmo. Arzobispo Coadjutor, Dr. Juan Manuel González Arbeláez, para promulgar las Bulas, lo que tuvo lugar el 8 de Diciembre de 1941. El Excmo. Dr. Francisco Cristóbal Toro ofició la misa pontifical y esta fue solemnizada por el grupo coral de la Escuela de Ciegos y Sordomudos de Medellín.

Los antioqueños luchaban por la restauración de la diócesis desde 1917.

(J. S. M.)